

EXTRACTO DE EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

JOSEPH CONRAD

»Remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo, cuando la vegetación se agolpaba sobre la tierra y los grandes árboles eran los reyes. Un arroyo seco, un gran silencio, un bosque impenetrable. El aire era cálido, espeso, pesado, perezoso. No había júbilo alguno en la brillantez de la luz del sol. Los largos tramos del canal fluían desiertos hacia las distancias en penumbra. En los plateados bancos de arena, los hipopótamos y los caimanes tomaban juntos el sol. Las aguas al ensancharse fluían entre una multitud de islas arboladas; se podía uno perder en aquel río tan fácilmente como en un desierto y tropezarse durante todo el día con bancos de arena, tratando de dar con el canal, hasta que se creía uno hechizado y aislado para siempre de todo lo que se había conocido antes, en algún lugar, muy lejos, en otra existencia tal vez. Había momentos en que tu pasado volvía a ti, como ocurre a veces, cuando no tienes ni un momento de más para ti mismo; pero se presentaba en la forma de un sueño intranquilo y ruidoso, recordado con asombro entre las sobrecogedoras realidades de ese extraño mundo de plantas, agua y silencio. Y esta quietud de vida no se parecía en lo más mínimo a la paz. Era la quietud de una fuerza implacable que medita melancólicamente sobre una intención inescrutable. Miraba con aspecto vengativo. Más tarde me acostumbré a ella; ya no la veía, no tenía tiempo. Tenía que seguir adivinando el canal; tenía que distinguir, más que nada por inspiración, los indicios de bancos ocultos; me mantenía alerta por las posibles piedras hundidas; estaba aprendiendo a apretar de golpe los dientes antes de que mi corazón se escapara, cuando por chiripa pasaba rozando algún infernal y viejo obstáculo disimulado que habría arrancado la vida al vapor de hojalata y ahogado a todos los peregrinos; yo tenía que estar alerta a los indicios de madera seca que podíamos cortar durante la noche para alimentar las calderas al día siguiente. Cuando hay que prestar atención a cosas de ese tipo, a los meros incidentes de la

superficie, la realidad —la realidad, os digo— se desvanece. La verdad interior está escondida; afortunadamente, afortunadamente. Pero yo la sentía a pesar de todo; sentía a menudo su misteriosa quietud observándome en mis travesuras, igual que os mira a vosotros, compañeros, actuando sobre vuestras respectivas cuerdas flojas por, ¿cuánto es?, media corona la voltereta.

—Trata de ser educado, Marlow —refunfuñó una voz, y supe que al menos había un oyente despierto junto a mí.

—Le ruego me perdone, olvidé la angustia que va incluida en el precio y, en realidad, ¿qué importa el precio si la actuación es buena? Vosotros hacéis vuestros números muy bien. Y yo tampoco lo hacía mal, puesto que me las arreglé para no hundir ese vapor en mi primer viaje. Todavía me asombra. Imaginaos a un hombre con los ojos vendados que se pone a conducir una furgoneta por una mala carretera. Aquel asunto me hizo sudar y temblar considerablemente, os lo puedo asegurar. Después de todo, para un hombre de mar arañar el fondo del objeto que debe flotar todo el tiempo que está bajo su cuidado es el pecado imperdonable. Puede que nadie lo sepa, pero el golpazo nunca se olvida, ¿eh? Es un golpe en el mismo corazón. Lo recuerdas, sueñas con él, te despiertas a media noche y piensas en él, años más tarde, y sientes sudores y escalofríos por todo el cuerpo. No pretendo decir que aquel vapor flotara todo el tiempo. Más de una vez tuvo que vadear durante un rato, con veinte caníbales chapoteando alrededor y empujando. Habíamos enrolado varios de esos hombres a modo de tripulación. Buenos hombres, caníbales, en su lugar. Eran hombres con los que se podía trabajar y les estoy agradecido; y después de todo no se devoraban unos a otros en mi presencia: habían traído consigo una provisión de carne de hipopótamo que se pudrió e hizo que el misterio de la selva hediera en mis narices. ¡Puf! Todavía puedo olerlo. Llevaba a bordo al director y a tres o cuatro peregrinos con sus cayados, todo completo. A veces nos tropezábamos con una estación cercana a la orilla, pegada a las faldas de lo desconocido, y los hombres blancos, que salían a toda prisa de una cabaña destartalada, con grandes gestos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían muy extraños: daba la impresión de que un hechizo los tenía cautivos allí. La palabra marfil resonaba durante un rato en el aire y luego volvíamos al silencio, a lo largo de extensiones vacías, doblando los mansos

recodos, entre los altos muros de nuestra sinuosa ruta, mientras el pesado golpe del timón resonaba en huecos palmoteos. Árboles, árboles, millones de árboles, masivos, inmensos que trepaban hacia lo alto; y a sus pies, apretujando la orilla contra la corriente, se arrastra el pequeño vapor tiznado, como lo hace un perezoso escarabajo por el suelo de un grandioso pórtico. Le hacía sentir a uno muy pequeño, muy perdido. Y, sin embargo, ese sentimiento no era del todo deprimente. Después de todo, aunque fueras pequeño, el mugriento escarabajo seguía arrastrándose, que era exactamente lo que se pretendía que hiciera. Hacia dónde se imaginaban los peregrinos que se deslizaba, eso ya no lo sé. Apuesto que hacia algún lugar donde esperaban obtener algo para mí, reptaba hacia Kurtz, exclusivamente; pero cuando las tuberías del vapor comenzaron a tener fugas, nos deslizamos muy lentamente. Las extensiones de agua se abrían ante nosotros y se cerraban a nuestra espalda como si el bosque se hubiese adentrado tranquilamente en el agua para obstruir nuestro camino de regreso. Penetramos más y más en el corazón de la oscuridad. Reinaba un gran silencio allí. A veces, por la noche, el redoble de los tambores, detrás de la cortina de árboles, remontaba el río y permanecía ininterrumpido, pero débil, como flotando en el aire, en lo alto, por encima de nuestras cabezas, hasta el alba. Si aquello significaba guerra, paz u oración, es algo que no hubiéramos podido decir. Las auroras eran anunciadas por el descanso de una fría quietud; los leñadores dormían, sus fuegos ardían débilmente; el chasquido de una ramita le habría sobresaltado a uno. Éramos vagabundos en tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podíamos haber soñado que éramos los primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita que debía ser sometida al precio de una profunda angustia y de enorme esfuerzo. Pero de pronto, cuando luchábamos por doblar un recodo, vislumbrábamos momentáneamente unas paredes de junco, unos techos de hierba puntiagudos, un estallido de alaridos, un revuelo de extremidades negras, una masa de manos dando palmadas, de pies pateando, de cuerpos tambaleándose, de ojos girando bajo la inclinación del pesado e inmóvil follaje. El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico nos estaba maldiciendo, suplicando, dándonos la bienvenida, ¿cómo saberlo? Estábamos aislados de la

comprensión de todo aquello que nos rodeaba, pasábamos deslizándonos como fantasmas, asombrados y secretamente aterrados, como lo estarían hombres cuerdos ante un brote de entusiasmo en un manicomio. No podíamos comprender porque estábamos demasiado lejos, y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que se han ido, dejando apenas una señal y ningún recuerdo.

»La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Bueno, sabéis, eso era lo peor de todo: esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad (como la de uno mismo), pensar en el parentesco de uno mismo con ese salvaje y apasionado alboroto. Desagradable. Sí, era francamente desagradable; pero si uno fuera lo bastante hombre, reconocería que había en su interior una ligerísima señal de respuesta a la terrible franqueza de aquel ruido, una oscura sospecha de que había en ello un significado que uno, tan alejado de la noche de los primeros tiempos, podía comprender. ¿Y por qué no? La mente del hombre es capaz de cualquier cosa, porque está todo en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Júbilo, temor, pesar, devoción, valor, ira, ¿cómo saberlo?, pero había una verdad, la verdad despojada de su manto de tiempo. Que el necio se asombre y se estremezca; el hombre sabe y puede mirar sin parpadear. Pero por lo menos debe ser tan hombre como esos de la costa. Debe hacer frente a esa verdad con su propia verdad, con su propia fuerza innata; los principios no sirven. Adquisiciones, ropas, bonitos harapos (que se irían volando a la primera sacudida). No; se necesita una creencia deliberada. ¿Que hay en ese diabólico alboroto algo que me llama? Pues muy bien; lo oigo, lo reconozco; pero yo también tengo una voz, y, para bien o para mal, la mía es un habla que no se puede acallar. Desde luego, un necio, aunque esté muy asustado y lleno de buenos sentimientos, está siempre a salvo. ¿Quién es el que gruñe? ¿Os asombráis de que no desembarcara para aullar y danzar? Bueno, pues no, no desembarqué ¿Nobles sentimientos decís? ¡Al diablo los nobles sentimientos! No tuve tiempo. Tuve que perderlo con el albayalde y las tiras de

manta de lana, ayudando a vendar los escapes de esas tuberías, os digo. Tenía que estar atento al timón, esquivar aquellos troncos y conseguir que ese bote de hojalata marchara por las buenas o por las malas. Había en la superficie de aquellas cosas suficiente verdad para salvar a un hombre más sabio que yo. Y de cuando en cuando tenía que ocuparme del salvaje que trabajaba de fogonero. Era un ejemplar perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Estaba allí, debajo de mí, y, palabra de honor, mirarle resultaba tan edificante como ver a un perro haciendo una parodia con calzones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras. Unos cuantos meses de preparación habían sido suficientes para aquel muchacho realmente estupendo. Escudriñaba el manómetro de vapor y el indicador del nivel de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez; además tenía dientes limados, el pobre diablo; la lana de su cabeza, afeitada de una manera muy extraña y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Hubiera debido estar dando brincos y palmas en la orilla, en lugar de lo cual se esforzaba en su trabajo, presa de un extraño maleficio, lleno de un conocimiento provechoso. Era útil porque había sido instruido y lo que sabía era esto: que cuando el agua desapareciera de aquella cosa transparente, el espíritu maligno que se hallaba dentro de la caldera se pondría furioso por causa de la enormidad de su sed, y se tomaría una terrible venganza. Y así, sudaba, encendía, y miraba el cristal temerosamente (con un amuleto improvisado, hecho con trapos, atado a su brazo, y un trozo de hueso pulimentado del tamaño de un reloj, que le atravesaba horizontalmente el labio inferior), mientras las orillas cubiertas de árboles pasaban deslizándose lentamente ante nosotros, el ruidito quedaba atrás, interminables millas de silencio se sucedían, y nosotros seguíamos arrastrándonos hacia Kurtz. Pero los troncos eran gruesos, el agua traicionera y poco profunda, la caldera parecía realmente albergar un demonio hostil en su seno, y por eso ni el fogonero ni yo teníamos un momento para asomarnos a nuestros horripilantes pensamientos.

»Unas cincuenta millas más abajo de la Estación Interior nos topamos con una cabaña hecha de caña, un mástil torcido y melancólico con los irreconocibles jirones de lo que había sido una bandera de alguna clase que había ondeado desde él, y una pila de leña hacinada. Aquello era algo inesperado. Llegamos a la orilla, y sobre el montón de leña encontramos una tablilla con algo borroso escrito a lápiz.

Cuando quedó descifrado, vimos que decía: “Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con precaución.” Había una firma, pero era ilegible. No ponía Kurtz, sino una palabra mucho más larga. Apresúrense. ¿Hacia dónde? ¿Río arriba? “Acérquense con precaución.” No lo habíamos hecho así. Pero la advertencia no podía estar pensada para un lugar al que había que acercarse para encontrarlo. Algo iba mal más arriba. Pero ¿qué, y en qué grado?, ésa era la cuestión. Hicimos algunos comentarios adversos a la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La maleza de alrededor no decía nada, y tampoco nos permitía mirar muy a lo lejos. Una desgarrada cortina de sarga roja colgaba a la entrada de la cabaña y aleteaba angustiosamente en nuestros ojos. La vivienda estaba desmantelada, pero se podía ver que no hacía mucho había vivido allí un hombre blanco. Quedaba una tosca mesa: un tablón sobre dos postes; en un rincón oscuro reposaba un montón de basura, y junto a la puerta yo cogí un libro. Había perdido las tapas y las páginas habían sido manoseadas hasta quedar extremadamente blandas y sucias; pero el lomo había sido amorosamente cosido de nuevo, con hilo de algodón blanco que todavía conservaba un aspecto limpio. Era un hallazgo extraordinario. Se llamaba *Investigación acerca de algunos aspectos de la náutica*, y su autor era un tal Tower, Towson, o un nombre por el estilo, capitán mercante de la marina de Su Majestad. La materia parecía bastante aburrida, con sus diagramas ilustrativos y sus repulsivos cuadros de cifras. El ejemplar tenía sesenta años. Tomé en mis manos esa impresionante antigualla con la mayor ternura posible, no fuera a ser que se desintegrara entre mis dedos. En su interior, Towson o Tower investigaba seriamente la resistencia de tensión de la cadena y de los aparejos de los barcos y cuestiones similares. No era un libro muy apasionante, pero a primera vista se podía ver una dedicación, una honrada preocupación por la manera correcta de ponerse a trabajar, lo que daba a estas humildes páginas, pensadas años atrás, una luminosidad superior a la meramente profesional. El sencillo y viejo marino, con su charla de cadenas y asideros, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos con una deliciosa sensación de haber ido a dar con algo inequívocamente real. Que existiera un libro semejante era de por sí bastante asombroso; pero aún más sorprendente eran las notas a lápiz en el margen y que claramente se referían al texto. ¡No podía dar crédito a mis ojos! ¡Estaban en lenguaje cifrado! Sí, parecían

estar en clave. Imaginaos a un hombre arrastrando consigo un libro como el descrito hacia este lugar perdido, estudiándolo y haciendo anotaciones ¡y en lenguaje cifrado! Era un misterio extravagante.

»Durante un rato había sido vagamente consciente de un ruido fastidioso, y cuando levanté la mirada vi que la pila de leña había desaparecido y que el director, ayudado por todos los peregrinos, me estaba gritando desde la orilla del río. Me metí el libro en el bolsillo. Os aseguro que abandonar su lectura fue como arrancarme del cobijo de una vieja y sólida amistad.

»Puse el renqueante motor en marcha. “Debe de ser ese miserable comerciante, ese intruso”, exclamó el director, mirando malévolamente hacia el lugar que habíamos dejado atrás. “Debe de ser inglés”, dije yo. “Eso no le evitará meterse en líos si no tiene cuidado”, musitó el director sombríamente. Comenté con fingida inocencia que en este mundo ningún hombre era inmune a las dificultades.

»La corriente era ahora más rápida. El vapor parecía estar a punto de exhalar el último suspiro; la rueda de popa golpeaba lánguidamente, y yo me sorprendí a mí mismo escuchando con suma expectación cada nuevo latido del barco, porque, a decir verdad, esperaba que aquel calamitoso trasto se diera por vencido en cualquier momento. Era como observar los últimos coletazos de una vida. Pero seguíamos arrastrándonos. De vez en cuando elegía un árbol situado un poco más adelante para medir nuestro avance hacia Kurtz, pero invariablemente lo perdía antes de pasar por su lado. Mantener la vista fija durante tanto tiempo sobre una misma cosa era demasiado para la paciencia humana. El director mostraba una magnífica resignación. Yo me impacientaba y me encolerizaba, y empecé a discutir conmigo mismo si iba o no a hablar abiertamente con Kurtz; pero antes de que pudiera llegar a ninguna conclusión me vino a la mente que el que hablara o me callara, en realidad cualquiera de mis acciones, sería completamente fútil. ¿Qué importaba lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quién fuera director? A veces tiene uno esos atisbos de penetración. La esencia de este mundo yacía bastante por debajo de su superficie, más allá de mi alcance, y más allá de mi poder de intromisión.

»Al atardecer del segundo día juzgamos que estábamos a unas ocho millas de la estación de Kurtz. Yo quería seguir adelante, pero el director adoptó una expresión grave y me dijo que la navegación a partir de aquel punto era tan peligrosa que sería aconsejable, puesto que el sol estaba ya muy bajo, esperar donde estábamos hasta la mañana siguiente. Por otra parte, subrayó que, si había que seguir la advertencia de acercarse con precaución, deberíamos hacerlo a la luz del día, no cuando oscurece, ni en plena oscuridad. Aquello era bastante sensato. Ocho millas significaban cerca de tres horas de navegación para nosotros y además yo podía ver pequeñas ondas sospechosas en el extremo superior del tramo. A pesar de todo, estaba contrariado hasta lo indecible por el retraso, y de la manera más irracional, puesto que después de tantos meses una noche más poco podía importar. Como teníamos leña en abundancia y el lema era precaución, eché el ancla en medio del río. El tramo era angosto, recto, con altos bordes, como terraplenes de ferrocarril. El crepúsculo fue deslizándose sobre él antes de que el sol se hubiera puesto. La corriente fluía mansa y rápidamente, pero una muda inmovilidad cubría las márgenes. Los árboles vivientes, aprisionados por las enredaderas y por cada uno de los arbustos vivientes de la maleza, podrían haber sido convertidos en piedras, hasta la rama más delgada, hasta la hoja más liviana. No era sueño; aquello parecía innatural, como un estado de trance. No podía oírse ninguna clase de ruido, ni aun el más débil. Uno miraba pasmado y empezaba a sospechar si no estaría sordo. En esto se hizo la noche repentinamente, y nos dejó también ciegos. Hacia las tres de la madrugada saltó un pez, y el fuerte choque del agua me hizo brincar como si un arma hubiese sido disparada. Cuando salió el sol había una niebla blanca, muy cálida y pegajosa, y más cegadora que la noche. Ni se movía ni avanzaba, simplemente estaba allí, rodeándole a uno como algo sólido. A las ocho o a las nueve, tal vez, se levantó como se levanta una persiana. Pudimos echar una ojeada a la multitud de altísimos árboles, a la inmensa y enmarañada selva sobre la que estaba suspendida la resplandeciente bola del sol, todo en perfecta quietud; y entonces la blanca persiana cayó de nuevo, suavemente, como escurriéndose por rieles engrasados. Ordené que la cadena, que habíamos comenzado a halar, fuese arrojada de nuevo. Antes de que terminara de correr, con su sordo rechinar, un grito, un grito muy fuerte, como de desolación infinita,

se fue elevando lentamente en el aire opaco. Cesó. Un clamor quejumbroso, modulado en salvajes disonancias, llenó nuestros oídos. Lo inesperado de aquel grito hizo que el cabello se me erizase bajo la gorra. No sé qué impresión les causó a los demás; a mí me pareció como si la propia bruma hubiera gritado, tan repentinamente había surgido aquel grito tumultuario y luctuoso, procedente, al parecer, de todas partes a la vez. Culminó en un estallido precipitado de chillidos excesivos y casi insoportables que al poco tiempo cesaron, dejándonos paralizados en una variedad de estúpidas posturas, y escuchando obstinadamente el silencio, casi igual de excesivo y espantoso. “¡Dios mío! ¿Qué significa?”, balbució a mi lado uno de los peregrinos, un hombrecillo grueso, de pelo rubio y patillas pelirrojas, que llevaba botas con suela de goma y un pijama de color rosa remetido en los calcetines. Otros dos permanecieron boquiabiertos durante todo un minuto, y después se abalanzaron hacia la pequeña cabina, para volver a salir precipitadamente y sin control al instante y quedarse de pie lanzando miradas asustadas, apuntando con los Winchesters. Lo único que lográbamos ver era el vapor sobre el que nos hallábamos, su contorno borroso, como si estuviera a punto de disolverse, y una franja brumosa de agua, de quizá dos pies de anchura, a su alrededor; y eso era todo. El resto del mundo no estaba en parte alguna por lo que a nuestros ojos y oídos se refería. En parte alguna. Se había esfumado, desaparecido; había sido barrido sin dejar detrás ni un susurro ni una sombra.